







[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

*Ojitos de ángel*

© Del texto: 1997, Ramón Fonseca Mora  
© De esta edición:  
2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.  
Carrera 11 A # 98-50, oficina 501  
Teléfono (571) 7057777  
Bogotá-Colombia  
www.loqueleo.com

• Ediciones Santillana S.A.  
Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires  
• Editorial Santillana, S.A. de C.V.  
Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,  
Delegación Benito Juárez, CP 03240,  
Distrito Federal, México.  
• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.  
Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-59393-3-2  
Impreso en Colombia  
Impreso por Editorial Delfin S.A.S.

Primera edición en Colombia: febrero de 2002  
Primera edición en Loqueleo Colombia: enero de 2016  
Cuarta reimpresión en Loqueleo Colombia: enero de 2018

Dirección de Arte:  
José Crespo y Rosa Marín  
Proyecto gráfico:  
Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

# Ojitos de ángel

*Ramón Fonseca Mora*

loqueleg



*A mis niñas lindas: Susana y Raquel*

*A Jorge Consuegra,  
quien prefiere las historias  
tiernas a las violentas*



Que canten los niños, que alcen la voz,  
que hagan al mundo escuchar.  
Que unan sus voces y lleguen al sol,  
en ellos está la verdad.

*Canción popular*

De cierto os digo, que el que no recibe  
el reino de Dios como un niño,  
no entrará en él.  
(Lucas 18:17)

*Yehoshua ben Joseph*



El viejo abre los ojos lentamente. No recuerda nada. Ni quién es. Ni dónde está. Ni en qué día, mes y año vive. Trata de moverse, pero algo se lo impide.

La penumbra que lo rodea se va aclarando y logra vislumbrar los detalles del techo. Es blanco, con una lámpara de focos alargados en su centro. Está apagada.

“Tic, tic, tic”, un ruido rítmico se apodera de su atención. “Debe ser un reloj”, concluye, “aunque no un ejemplar de mecanismo sofisticado, sino eléctrico; barato”.

Levanta un poco más sus párpados y logra divisar el círculo redondo, de plástico azul, de un reloj de pared colgado encima de un agujero que parece una puerta.

Escucha de nuevo el “tic, tic, tic”. Deduce que el ruido no procede del reloj redondo. Su origen está detrás de él.

Trata de virarse pero no puede. Al hacer el movimiento ve una cama a su lado. Hay una sombra sobre ella. No logra enfocarla. El esfuerzo lo cansa y tiene que regresar a su posición original, mirando el techo.

Cierra de nuevo los ojos. No puede reunir ningún pensamiento en su mente salvo el sonido rítmico, “tic, tic, tic”, detrás suyo.

Pasa el tiempo. Descansa.

Se entretiene escuchando su propia respiración. Siéntete cómo su pecho sube, baja.

Entreabre sus ojos. Todo sigue igual. El techo, la lámpara, el ruido..., “tic, tic, tic”.

Un pensamiento lo sobresalta: “¡Mi maletín! ¿Dónde está mi maletín?”. En él hay cosas muy importantes que nadie puede ver. Trata de revolverse nervioso en la cama, pero no puede. Está amarrado.

12 Observa hacia abajo. Hacia donde deben de estar sus piernas. No las ve. Solo logra entrever dos cilindros blancos, largos, sujetos con cables que desaparecen en lo alto.

Trata de establecer comunicación con ellas. Nada. Trata con los brazos. Nada. Con las manos, pies. Nada. Lo único que puede controlar son los párpados. Abrirlos, cerrarlos, volverlos a abrir. También puede girar levemente la cabeza, aunque no lo suficiente para descubrir de dónde viene el ruido. “Tic, tic”.

De repente siente que empieza a emerger del estado en que se encuentra. Comienza a recordar. Su auto. La noche. Un destello de luz. Un ruido inmenso. El silencio. La imagen de una mulata, con sus curvas inmensas repletas de carne turbadora. Sonríe. “¡Ah! ¡Nitizia! ¡Qué mujer!”.

Mueve la cabeza de lado a lado. Su cerebro sigue soltando recuerdos. Poco a poco. En dosis calculadas.

Disfruta con la imagen de Nitizia. Continúa sonriendo. Es la única sensación externa que percibe.

De repente un agujonazo de dolor lo penetra. Su rostro se contrae en una mueca angustiosa. No sabe de dónde procede aquella sensación tan horrenda. “Debe ser

de alguna parte de mi cuerpo, pero no puedo ubicarla”. Trata de levantar una mano pero no sucede nada. La otra. Nada. El dolor desaparece tan rápido como llegó. Mira el techo. Nada ha cambiado. Observa la lámpara apagada. Larga. Cubierta de una pantalla con rombos cincelados en el plástico que la cubre.

Cierra los ojos. Espera. Se aburre. Los abre y empieza a contar los dibujos geométricos en la lámpara del techo. Se pierde en aquel mar inmenso de cocadas. Intenta de nuevo contar. No tiene éxito. Va a iniciar otra vez la operación, pero desde muy adentro surge un estallido de dolor tan agudo que, por primera vez, lo siente en todo su cuerpo. En los brazos, piernas, abdomen. Todo su ser se sumerge en aquel dolor lacerante, inmenso.

Su boca se abre sin control y surge un grito:

—¡Aaaahhhh!

Él mismo se asombra por la intensidad del sonido. Trata de controlarse, pero no puede. Hay otro preparado, listo para despegar:

—¡¡Aaahh!!

Ruido de sillas moviéndose, de zapatos corriendo. Se abre una puerta. Lo percibe claramente. Es fácil distinguir el sonido de una puerta cuando la abren con violencia.

Tres manchas blancas vuelan hacia él. Lo rodean. Se inclinan sobre su cuerpo. Alumbran uno de sus ojos con una luz pequeña, intensa. Luego el otro.

El viejo parpadea, fija su mirada; analiza las figuras que lo examinan. Poco a poco comienzan a delinearse rostros; uniformes blancos.

Siente cómo el dolor que anida en su interior de nuevo se libera y salta hacia afuera. Ascende y lo invade todo.

—¡Aaaahhh! —no puede reprimirse.

Una de las figuras blancas toma lo que parece ser su brazo, lo levanta. Siente un ligero pinchazo, parecido a cuando de niño una de sus “novias” le dio un pellizco utilizando sus uñas como herramienta.

De repente el dolor desaparece; tan rápido como llegó.

14 —No le dolerá más —escucha que la enfermera le dice—. Le acabo de inyectar un analgésico que lo mantendrá calmado.

El hombre trata de sonreír, pero se da cuenta de que le es difícil dibujar la expresión en su cara. De todas formas no es una sonrisa verdadera la que se perfila en su rostro, sino la que siempre utiliza para indicar que está satisfecho, complacido. Mueve ligeramente los ojos y ve a otras dos enfermeras que lo observan desde el final de la cama; en el lugar donde deberían estar sus pies.

Trata de hablar. De preguntar algo. Ningún sonido sale de su garganta. La mujer debe haber notado su intención pues dice enseguida:

—No se preocupe, señor Vargas. Todo está bien. Tuvo usted un accidente. Estaba anestesiado. Tuvimos que operarlo, ¿sabe? —Señala hacia sus piernas—. Se quebró todo...

Intenta hablar de nuevo. La enfermera se inclina y le da algunos golpes en el hombro:

—No, no hable, señor Vargas. Se va a cansar y no conviene.

Cierra los ojos. ¡Cómo odia que alguien le dé palmaditas! Lo encuentra denigrante; de mal gusto. Ese movimiento de intimidación hecho por alguien que no lo conoce le repugna. Se contiene. “Ya habrá un momento en que le diré a esta enfermera que vaya a darle palmaditas a otro... Que no toque más mi cuerpo”.

Recuerda su anatomía. Los ejercicios diarios en el gimnasio. La satisfacción de ver en el espejo una figura de menos años de los que tiene. El goce que lo invade cuando en la piscina del Club Deportivo se encuentra con sus amigos y compara su cuerpo bronceado y bien cuidado con el de ellos. Los hay gordos, con el tejido adiposo colgando por todos lados. Otros están flacos y sin músculos, los huesos sobresaliendo por doquier. Sin embargo, él está en la situación ideal: ni gordo, ni flaco. Los músculos situados en donde deben estar.

15

—Señor Vargas, ¿me escucha?

De nuevo siente la molesta lucecita que transita sobre sus ojos. Los abre. Enfoca a la enfermera, quien sonrío. Nota que es gorda. De cara ovalada y mejillas colgantes. Sus labios no están pintados y se notan pálidos. Tiene las cejas pobladas. El cabello negro, recogido. El uniforme limpio pero viejo, usado. “No es una enfermera de primera”, deduce. “¿Dónde estaré?”, se pregunta.

La mujer, como si le hubiera leído la mente, le informa:

—Está en el Hospital San Juan, señor Vargas. Tuvo un accidente cerca de este lugar y lo trajeron aquí esta madrugada.